

**Leadership Conference of Women Religious
2025 Annual Assembly – Atlanta, Georgia
Kathy Brazda, CSJ**

LCWR Presidential Address

Buenos días. Me siento honrada y privilegiada por estar aquí ante ustedes. Me presento ante ustedes como su hermana, compañera y líder como los son ustedes, consciente de que dirigimos en una época de grandes cambios y perturbaciones en nuestro mundo, nuestro país, nuestra Iglesia y nuestras congregaciones religiosas.

Deseo compartir mis experiencias de este último año con objeto de reflexionar sobre nuestro llamado a caminar inmersas en la promesa de Dios con una esperanza inquebrantable. Es mi deseo que algunos de los espacios sagrados que se me han abierto a mí se les abran a ustedes y a la conferencia, a manera de que la promesa de Dios de esperanza y amor inquebrantables brille a través de nuestro tiempo juntos aquí y en el futuro.

¡Qué año tan increíble hemos vivido!

Me recuerda la introducción de Charles Dickens, *Historia de dos ciudades*.

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos.

Era la era de la sabiduría; era la era de la necesidad.

Era la época de la fe; era la época de la incredulidad.

Era la estación de la luz, era la estación de las tinieblas.

Era la primavera de la esperanza; era el invierno de la desesperación.

No se me ocurre una mejor manera de describir la situación en la que nos encontramos ahora, como país y como comunidades de fe y mujeres religiosas.

Todo es verdad y de inmediato. Y esa es la tensión en la que vivimos. Esa es la tensión que se nos pide que mantengamos. Y es un espacio sagrado.

Nuestra Iglesia está en transición hacia un nuevo liderazgo, mientras recordamos y celebramos al Papa Francisco y el legado de esperanza que le dejó al mundo, y pasamos a acoger el liderazgo del Papa León XIV. (Y me enorgullece decir que él es de Chicago, como yo).

Nos encontramos en medio de una Iglesia polarizada, una Iglesia que no está unida en la eclesiología ni en la teología. Donde incluso nuestros rituales litúrgicos y devociones parecen actuar como barreras para nuestra unidad y oración.

Y es precisamente en este momento cuando el Papa León nos sigue invitando a la sinodalidad. El nuevo documento del Vaticano, *Caminos para la fase de implementación del Sínodo*, deja claro

que la sinodalidad tiene como objetivo ayudar a la Iglesia a aceptar mejor su propia misión de evangelización.

El documento dice, y cito:

La forma sinodal de la Iglesia está al servicio de su propia misión.

Y cualquier cambio en la vida de la Iglesia tiene como objetivo hacerla más capaz de anunciar el reino de Dios.

La sinodalidad es un espacio sagrado para que entre el Espíritu.

Un espacio en el que nosotras, como líderes religiosas, tenemos un llamado y un papel muy singular.

Actualmente estamos celebrando el Año Jubilar de la Esperanza y el décimo aniversario del Laudato Si, y, a título personal, el 375 aniversario de la fundación de mi congregación, las Hermanas de San José. En un mundo que anhela esperanza, paz, sanación y aliento, el Año Jubilar de la Esperanza nos ofrece los cimientos para la reflexión y la celebración, al tiempo que nos invita a considerarnos de nuevo peregrinas.

Nuestra situación política, económica, medio ambiental y social cambia constantemente, y nuestros corazones se entristecen y claman por misericordia y justicia para los vulnerables... nuestra tierra, los pobres, los migrantes y la comunidad LGBTQIA+. A menudo, nos cuesta creer la situación en que se encuentra el país. Sin embargo, nos esforzamos por vivir según nuestras creencias, nuestros valores de bondad, verdad, misericordia, sencillez, amor y justicia. Nos preguntamos cómo responder a las numerosas acciones ofensivas que ocurren a nuestro alrededor. Nosotras y muchos otros estamos buscando formas de responder con una ira y acciones justas tomando una postura del amor unificador. Es confuso, emocional, racional y medurado. Lo mejor y lo peor. ¿Cierto? Un espacio sagrado para que entre el Espíritu.

En nuestras congregaciones religiosas, seguimos discerniendo sobre nuestro futuro emergente. Somos cada vez más conscientes de nuestra interdependencia entre nosotras. No actuamos de forma aislada, sino que tomamos decisiones deliberadas sobre cómo nuestro carisma de vida religiosa, con la gracia de Dios, puede avanzar hacia el futuro. Nuestras vidas proclaman la importancia de esta vida como un don para la Iglesia y el mundo. Y al mismo tiempo, lamentamos la pérdida de tantas hermanas, nuestros ministerios y nuestra antigua forma de vida. Es verdaderamente un tiempo de luz y oscuridad, y un tiempo para confiar en la promesa que Dios nos hizo de tener una esperanza inquebrantable.

Es en este contexto donde se nos llama al liderazgo, llamadas a sostener la paradoja de nuestro tiempo, el espacio sagrado, y a llevar la luz de Cristo.

Si creemos que no hay coincidencias en nuestras vidas, solo el movimiento del Espíritu Santo, entonces las que estamos aquí reunidas hoy hemos nacido para estos tiempos. Hemos sido elegidas, increíblemente, para ser el pueblo de estos tiempos.

Ser, vivir y liderar en estos tiempos, los mejores y los peores, es sin duda un don y un reto.

Para mí, este último año me ha llamado, más bien me ha gritado, que responda con esperanza, vulnerabilidad a ejercer un nuevo tipo de liderazgo.

Permítanme decir algo que me parece tierno e importante, en este momento, al comienzo de esta reflexión.

Yo creo en los milagros. En verdad creo en el poder transformador del AMOR de Cristo.

A algunas de ustedes les puede parecer sorprendente, interesante o desafiante, pero, para mí, debido a lo que ha sucedido durante el último año, creo sinceramente en la sanación de Cristo y en el poder de la oración para obrar milagros. Esa frase de Dickens «Era la época de la fe; era la época de la incredulidad» resume realmente este increíble último año.

La mayoría de nuestras lecciones más importantes sobre liderazgo no provienen de un taller (aunque LCWR ofrece muchos muy buenos). No siempre provienen de una mentoría o incluso de un retiro. La mayoría de nuestras lecciones importantes sobre liderazgo provienen de la experiencia. Este año, para mí, provienen de la incomodidad y el malestar en todos los sentidos de la palabra.

El pasado mes de septiembre, fui a mi retiro anual y descubrí que ni siquiera podía rezar. Me sentía desconectada, sin rumbo y distraída. Lo único que oí claramente a Dios decir fue: **«El temor no viene de Dios»**.

En ese momento no sabía cuánto necesitaba de ese mensaje. El 2 de octubre, fiesta de los Ángeles Custodios, me diagnosticaron cáncer. En ese momento, todo cambió. Mi mundo se detuvo. Mi cargo en la LCWR, mi liderazgo en la Congregación, incluso mi sentido de identidad era desconcertante. ¿Cómo podía dirigir cuando tenía dudas sobre mi propio futuro, mi vida misma, y mis capacidades? ¿Cómo podía planificar un futuro cuando me preguntaba si sería parte de éste?

Esas preguntas se convirtieron en una puerta, un punto de entrada para aceptar mi vida y mi liderazgo de una nueva manera. Se convirtieron en un punto de entrada para encontrarme con Cristo y sumergirme en lo sagrado.

Asustada e insegura, comencé un viaje que resultó ser uno de dudas y esperanza, miedo y confianza, vulnerabilidad y fortaleza, que me llevó a una inmersión más profunda en el corazón de Dios, el corazón del AMOR. Y cuando estaba ansiosa, asustada o preocupada, me sumergía en el mensaje que había recibido en el retiro. El temor no viene de Dios.

¡El temor no viene de Dios!

Quizás este es un buen mensaje para todos los que lideramos en este momento de la historia.

Thomas Merton escribió:

Un verdadero encuentro con Cristo libera algo dentro de nosotros; un poder que no sabíamos que teníamos, una esperanza, una capacidad para la vida.

Resiliencia.

La capacidad de recuperarnos cuando estamos completamente derrotados.

Una capacidad para crecer y cambiar.

Un poder de transformación creativa.

El dinamismo del amor.

El amor emerge de Dios

y nos reúne con Dios

para volcarse de nuevo en Dios, a través de todos nosotros.

Nos convertimos en puertas y ventanas por las que Dios brilla.

Durante este año de incomodidad y enfermedad, realmente me rendí ante las experiencias para ir a encontrarme con Cristo y permitirme estar rodeada de AMOR... para reunirme con Dios.

Verás, el liderazgo consiste en aceptar la paradoja;

Se trata de soltar el control sin soltar el propósito.

Se trata de ser vulnerable y estar anclado a algo más profundo que el ego o el título.

Es elegir permanecer arraigado en la esperanza, aunque la vida sea incierta e insegura y recordar que el miedo no viene de Dios.

El liderazgo no es perfecto... es presencia... presencia ante uno mismo, presencia ante nuestras hermanas y nuestra congregación, así como una presencia profunda ante Cristo.

Se trata de confiar plenamente en la promesa inquebrantable de esperanza de Dios.

En los últimos años, en mi liderazgo, he sido consciente de la carta de San Pablo a los Corintios, que dice que llevamos en nuestro cuerpo la muerte y resurrección de Cristo. No estaba segura de lo que eso significaba exactamente, pero a menudo formaba parte de mi oración. Conforme aceptaba que el cáncer era parte de mí, me cuestionaba aún más qué significaba llevar dentro de nuestro cuerpo la muerte y resurrección de Cristo. Incluso ahora es difícil de explicar. Es verdaderamente un misterio.

De alguna manera, sabía lo que me estaba pasando y que las lecciones recibidas podrían ser un regalo para mi congregación y tal vez incluso para esta conferencia. ¿Iba a convertirme en una puerta o ventana a través de la cual brilla Cristo?

Mientras continúo con esta historia personal, les invito a escuchar con el corazón lo que creo que se nos está revelando durante este tiempo de paradoja, de esperanza y desesperación.

¿Cómo se nos invita al Amor, a este espacio sagrado, para que podamos ser puertas y ventanas a través de las cuales brilla Cristo?

Durante estos últimos años, nuestra conferencia nos ha invitado a analizar de manera realista nuestra capacidad de liderazgo y la sostenibilidad de las congregaciones en el futuro, todo ello, por supuesto, a través del prisma de la vida religiosa y nuestro carisma. Para mí, la urgencia de nuestra planificación y toma de decisiones se intensificó al enfrentarme a mi enfermedad.

No sé ustedes, pero cada vez que miro la demografía de nuestra congregación, hago cálculos y me pregunto en qué grupo de edad encajo en el gráfico del futuro... ¿dónde estoy en las estadísticas?

Tengo 69 años y se me considera uno de los «miembros más jóvenes» (solo en la vida religiosa). De acuerdo a las previsiones de las tendencias, sabía que yo andaría todavía por aquí un tiempo más (y espero que así sea).

Cuando miramos hacia el futuro, a menudo suponemos que habrá hermanas más jóvenes y mayores que podrán formar parte de comités y llevar adelante ministerios y liderazgo en el futuro. Eso es cierto hasta cierto punto, aunque definitivamente no de la manera en que lo estamos haciendo ahora.

Mi diagnóstico desafió mi visión del mundo, y me pregunto si todos necesitamos un cambio de perspectiva igualmente radical. Nos encontramos en un momento de desafíos y oportunidades, y debemos tomar medidas concretas específicamente del futuro de la vida religiosa. Para reforzar las palabras de Merton, se nos hace un llamado al poder de la transformación creativa en este momento sagrado y vulnerable.

Brene Brown dice:

La vulnerabilidad no es ganar o perder; es tener el valor de presentarse y dejarse uno ver cuando no tenemos control sobre el resultado.

A partir del 2^{de} octubre, no tuve más remedio que presentarme y aceptar la vulnerabilidad y una cierta pérdida de control.

Tuve que ponerme en manos de Dios y de los especialistas médicos.

Esperar las citas con el médico y los resultados de las pruebas...

Soportar los efectos de una baja presión arterial o los bajos recuentos sanguíneos durante mis tratamientos de quimioterapia.

Tenía poco control sobre mi agenda o mis sentimientos, y mucho menos de mi energía.

Este curso intensivo sobre vulnerabilidad e impotencia tuvo lugar en la burbuja del liderazgo. El liderazgo que, en mi opinión, exige transparencia, autenticidad y apertura. Me sentí responsable de compartir mi diagnóstico con mi congregación y de mantenerlos informados sobre mi proceso.

Necesitaba que la congregación entendiera que compartía lo que me estaba pasando, no para ganarme su simpatía, sino para rendirles cuentas a través de la experiencia.

Lo compartí con la LCWR y con otras juntas y comités en los que participaba. Y, por supuesto, el apoyo que recibí fue increíble.

Nunca subestime el poder de un mensaje, una llamada o una tarjeta, que siempre parecían llegar en el momento en que más los necesitaba.

Sin embargo, me sentía vulnerable al mostrarme públicamente no como la persona fuerte y competente que me considero, sino como alguien débil y necesitada de sanación. Una nueva sensación de pobreza.

Fue difícil compartirlo.

Fue difícil pedir ayuda.

Fue difícil no ponerse a la defensiva.

Como sabe cualquiera que haya pasado por una cirugía mayor, la recuperación lleva tiempo y no solo es necesaria la curación física, sino también la curación psicológica y espiritual. **Es imprescindible contar con el apoyo de otras personas.**

Después de la cirugía, me mudé a nuestro Centro de Vida Asistida, donde vivía con hermanas con las que no había convivido a diario desde mi noviciado. Pasé momentos muy agradables con ellas durante las comidas, las oraciones y las actividades recreativas. Aprender a recibir, a no ser la líder ni la competente, me llevó a establecer una nueva relación con ellas como hermana. Entrar en el espacio sagrado de la comunidad con nuestras hermanas mayores me brindó el apoyo que necesitaba, así como una nueva forma de relacionarme con ellas. Se aseguraron de que no me faltara nada y me ofrecieron palabras de consuelo. Julie, de 92 años, ¡me lavaba la ropa!

Fue una alegría volver a convivir con ellas, experimentar su profunda oración, su alegría, su curiosidad por el mundo... No estaban retiradas de la misión. La estaban viviendo. Su cuidado fue una puerta de luz y amor para que yo sanara y estuviera presente para ellos de nuevas maneras.

En mi vulnerabilidad, evoqué a Cristo en ellas y, a través de su misericordia, amor y compasión, encontré a Cristo. Qué regalo tenemos en la oración y la presencia de nuestras hermanas mayores...

Crecimos juntas compartiendo nuestros dones y debilidades para vivir nuestra vocación y misión.

¿No es ese el llamado a vivir en comunidad? ¿No es ese el llamado al liderazgo?

Maya Angelou dice: «Cuando damos con alegría y aceptamos con gratitud, todos somos bendecidos».

Mi equipo de liderazgo, Marie Hogan, Sue Torgersen, Pat Warbritton y Helen Skormisley, hicieron ajustes y acomodaron la agenda de reuniones del equipo para que yo pudiera unirme a ellas. Asumieron algunas de mis responsabilidades y aceptaron lo que podía y no podía hacer. Sus dones comenzaron a brillar a medida que nos involucrábamos más profundamente en un liderazgo participativo y compartido. Y aprendí que no tenía yo que hacerlo todo siempre. No siempre tenía que tomar la iniciativa. El equipo se convirtió en las puertas y las ventanas por las que podía brillar la luz de Dios.

En cuanto al Liderazgo de la LCWR, no tengo cómo agradecerles, ni encuentro suficientes palabras para agradecerle al Consejo,

a Carol y a la presidencia de la LCWR, Maureen Geary y Vicky Larson, quienes me acompañaron este año.

Tuve que aceptar que era demasiado frágil y débil para dedicarme a este trabajo. Tuve que anteponer mi salud como mi principal preocupación.

Carol, Vicky y Maureen, por favor, pónganse de pie.

Carol, Maureen y Vicky llevaron la mayor parte de la carga. Me permitieron participar cuando pude y me apoyaron con sus oraciones y su presencia.

Por favor, únense a mí para darles las gracias con un aplauso.

El año pasado, se develó mi velo de autosuficiencia. La narrativa que me contaba a mí misma sobre mi competencia, mis habilidades y la necesidad de ser siempre la que mandaba o la que hacía todo cambió (y no siempre porque así lo quería). Este vaciamiento de mí misma me llevó a una dependencia radical de Dios y a hacer un espacio para que fluyera el Espíritu.

Como líderes, cada una de nosotras puede tener su propia narrativa, la historia que nos contamos a nosotras mismas sobre quiénes somos... tal vez la necesidad de ser fuertes y competentes. La necesidad de mantener la compostura por el bien de la congregación, de las hermanas o del equipo. La tentación de trabajar 24 x 7. Pero no debería hacer falta una enfermedad grave o una lesión para llevarnos a esto. Cuando dejamos de lado nuestro orgullo, nuestro ego, y pasamos a formas de liderazgo más participativas, todos tenemos la oportunidad de difundir sobre Cristo y depender del Espíritu para recibir inspiración y guía.

La enfermedad no me quitó el liderazgo. Lo remodeló.

Esta vulnerabilidad se está produciendo en nuestras congregaciones, en la vida religiosa y en nuestra conferencia.

La fragilidad que nos rodea nos desafía en términos de número de miembros y liderazgo. Las viejas formas de hacer las cosas están cambiando y, cuando creamos un plan, éste tiene una vida corta porque el cambio ocurre aceleradamente. El plan A se convierte en el plan B, siempre evolucionando para adaptarse a los tiempos cambiantes.

El papa Francisco y Charles Dickens reconocieron que vivimos en una época de cambios.

A lo largo de los años, muchas congregaciones religiosas han ido renunciando al poder y los privilegios. Nuestra antigua forma de ser «influyentes» ya no existe. La antigua forma de servir en diversas instituciones ya no es posible. Entonces, ¿quiénes somos ahora?

Al mirar nuestro mundo y nuestra nación, vemos la fragilidad de los valores que una vez tuvimos. ¿Cómo pueden nuestras vulnerabilidades guiarnos para asociarnos con otros y presentar una visión más cristiana ante el mundo?

Vemos ejemplos de ello en la hermana Norma Pimental y en todos los que trabajan en la frontera, así como en todas nuestras hermanas, asociados y colaboradores que sirven a los inmigrantes.

Lo vemos en el padre Greg Boyle, fundador y director de Home Boy Industries, y en todos los que trabajan con jóvenes vulnerables o que abogan por el fin de la violencia armada.

Y en mi propia hermana Helen Prejean, que trabaja incansablemente contra la pena de muerte, y en todos los que se unen a ella en esta labor.

Estoy segura de que ustedes podrían nombrar a algunas de sus propias hermanas y ministerios que sientan las bases para cumplir la promesa de esperanza que nos hizo Dios.

Mientras me recuperaba físicamente, tenía más tiempo para reflexionar y orar tranquilamente, más tiempo para sumergirme en el flujo del amor de Dios y la presencia de Cristo, que, como dice Merton, *libera algo en nosotros, un poder que no sabíamos que teníamos. Una esperanza. Una capacidad para la vida. Resiliencia.*

A lo largo del camino, muchos me decían: «¡Eres tan valiente! Eres tan fuerte. ¿Cómo puedes manejar esto tan bien?». A veces, podía tomar esto como un cumplido. Simplemente les daba las gracias. La mayoría de las veces me molestaba, porque pensaba: «¿Qué tiene esto de especial? ¡Así soy yo!».

Un día, le estaba contando a mi directora espiritual lo molesta que me sentía por esto. Ella me recordó la historia del Éxodo, cuando Moisés le preguntó a Dios su nombre.

Y Dios respondió: «YO SOY EL QUE SOY».

Cuando estamos unidos con Dios, **YO SOY EL QUE SOY**, nuestro verdadero yo, la divinidad de Dios brilla a través de nosotros. Al rendirnos ante la fuerza de Dios, podemos alcanzar el valor, la gracia y el dinamismo del amor. Con ese aliento, podemos afrontar el futuro en los mejores y peores momentos.

Antes mencioné que creo en los milagros, en los milagros literales.

Nunca fui de los que se tomaban al pie de la letra las historias sanadoras de Jesús, pero me encontré rezando por la curación física y animando a otros a hacer lo mismo. Un día me

desperté con las palabras resonando en mi cabeza: «Estás envuelta en un capullo de sanación física».

Mientras rezaba por mi sanación, empecé a comprender los milagros de Jesús de una nueva manera.

En los evangelios, vemos que Jesús era totalmente receptivo al Amor, totalmente unido a Dios. Fue llamado por Dios para centrarse en la misión, para que el Amor de Dios pudiera fluir a través de él. Sabemos que Jesús se alejaba a menudo para orar. La energía de la oración de Jesús, la comunión de Jesús con Dios, fue la energía que llevó a la alimentación de los cinco mil, a la sanación de la suegra de Pedro, de la mujer con hemorragia, del paralítico y de muchos otros.

Cuando Jesús oraba, confiaba en que Dios podía actuar de maneras que desafiaban la realidad. Esta confianza se manifestaba en la alimentación y la sanación porque el deseo de Jesús era muy profundo y estaba era uno con Dios.

Llegué a creer sinceramente que cuanto más se nos da el don de la oración, más se une nuestra energía a la energía de Dios y que él puede proporcionar lo que se necesita en cada momento.

Unida en oración con los demás, creo que la sanación está ocurriendo en mí. Creo que la sanación puede ocurrir en el mundo. Unidos en oración con los demás podemos mantener lo mejor y lo peor de los tiempos, la sabiduría y la necedad, y sumergirnos en el espacio sagrado de la esperanza con fuerza y valor.

La oración nos permite conectar con quienes realmente somos... el YO SOY EL QUE SOY, nuestra divinidad para unirnos con Dios y estar preparados para aportar lo mejor de nosotros mismos a nuestras vidas y nuestro liderazgo a nuestras congregaciones y a la LCWR.

Entonces, ¿qué puede significar esto para la vida religiosa en este momento? ¿Qué puede significar para nuestra conferencia?

Creo que estamos siendo llamadas de nuevo a un espacio sagrado de oración, para implorar por la gracia de una profunda toma de conciencia de nuestra pobreza para salvar la vida religiosa y resolver los males del mundo

—una comprensión tan profunda que aceptemos la gracia de entregarnos al gran Amor de Dios.

En esa unicidad con Dios, ¿qué pasaría si suplicáramos escuchar el llamado de Dios a vivir con una nueva profundidad nuestra misión y carisma en este tiempo de paradojas?

En esta unicidad con Dios, ¿qué pasaría si escucháramos tan profundamente

que oyéramos que se nos está convocando a que juntas

demos luz a una forma alternativa de estar en el mundo, una forma que encierra el potencial de un planeta próspero, una Iglesia floreciente y un futuro dinámico?

Creo que lo que podría suceder cuando estamos unidas en el Gran Amor podría ser un milagro para nuestros tiempos.

Hermanas y amigos, mantengamos nuestros corazones y nuestros ojos fijos en el dinamismo del AMOR que puede transformar y sanar el mundo, conscientes del llamado urgente que se nos hace y sabiendo que fuimos creados para estos tiempos.

Vivamos recordando: El temor no viene de Dios

Y confiemos en el poder de la oración y en nosotros mismos para continuar nuestro camino de encuentro y sinodalidad.

¿Qué tanto deseamos la sanación del mundo?

¿Cuánto deseamos realmente la sanación y el florecimiento de la vida religiosa para el futuro?

Estamos invitados a orar desde lo más profundo de nuestro ser para ser transformados.

¿Cómo podemos descubrir nuestra vulnerabilidad y dejar ir el yo

para avanzar hacia el futuro, confiando en la promesa inquebrantable de esperanza de Dios?

Recordando a Merton: *El amor surge de Dios*

y nos reúne con Dios

para derramarse de nuevo en Dios,

a través de todos nosotros.

Cuando nos vemos sumidos en lo más profundo de nuestra dependencia de Dios,

Cuando nos damos cuenta de que solos somos incapaces, Dios puede hacer algo.

Cristo puede abrirse paso.

Podemos sumergirnos en el mismo deseo de Cristo.

Para llevar la energía del AMOR, el dinamismo del Amor

Y escuchar.

Escuchar cada vez más profundamente cómo Dios está llamando a la sanación y a una nueva vida.

Entremos de todo corazón en los mejores y los peores momentos,

Sabiendo que la esperanza de la promesa inquebrantable de Dios puede volverse realidad.

Con fe y acción en un dinamismo de AMOR,

